Uruguai - La leyenda de la Banda Oriental

Martín Corbo

Capítulo 1

URUGUÁÏ:

LA LEYENDA DE LA BANDA ORIENTAL

Índice

PARTE I ..... Pág. 5

PARTE II ..... Pág. 81

PARTE III ..... Pág. 141

EPÍLOGO ..... Pág. 175

PARTE I

CAPÍTULO I

***

Cuántas veces había cruzado el umbral del Instituto era imposible de calcular. Por lo menos unas mil veces en estos cuatro largos años. La rutina de esperar la línea de bus 169 que lo transportaba desde -y hacia- el Cerrito de la Victoria cada día, los almuerzos religiosos de los viernes en la cantina con sus compañeros de curso, los incontenibles nervios antes de cada prueba, las reuniones de los fines de semana que desembocaban en interminables tertulias. Lo que parecía tan lejano en aquel primer día de cursos, hoy llegaba a su fin.

La decisión de cursar el profesorado de historia nunca estuvo en discusión. Que los números no eran su fuerte, sin duda colaboró. Apoyado en su confirmada vocación -y en las sabias palabras de su abuelo materno ("-Con perseverancia, se logran los objetivos")-, se retiraba del recinto con el flamante título bajo el brazo.

Diego descendió pausadamente las escaleras, miró hacia ambos lados antes de cruzar Avenida del Libertador y se dirigió a la parada frente a la Iglesia de La Aguada. Ingresando a la rotonda de Avenida Las Leyes, notó como se alejaba su transporte. La siguiente frecuencia demoraría unos

diez minutos cuando menos.

No podía esperar a mostrarle el inmaculado diploma a su tía Gabriela; ella que lo incentivó a venir a estudiar a la capital desde un principio, a mudarse a su casa y lo acompañó pacientemente durante todo el proceso, merecía tanto crédito como él.

"- ¿Te ibas a ir así nada más?" le recriminó una voz por la espalda. Se sonrió y giró hacia ella. Ver una de las distintivas muecas de Daniel no le llamó la atención; que tomada de su mano viniera Andrea, ya tampoco.

"- Me da curiosidad ver la reacción de tu primera generación de alumnos cuando intentes dar clases con ese rostro tan expresivo", bromeó Diego. "- No tienen una idea de cuánto los voy a extrañar, a todos". Se acercó a ambos y se fundieron en un abrazo.

"- ¿Estás seguro de que es buena idea volver a Fray Bentos? ¿Por qué no intentás un par de años aquí antes de regresar?", sugirió Andrea. Se notaba que le costaba sostener la mirada. Daniel, sin embargo, no lo llegó a percibir.

"- Creo que es la mejor decisión en este momento", argumentó Diego. "- Ya pasé tiempo lejos de casa; mis padres se privaron de un montón de cosas en estos años, para que pudiera estudiar y que no tuviera que salir a trabajar. Aunque ellos hubieran preferido me quedara a ayudarlos con el negocio familiar. Ahora me toca retribuirlos; el nuevo siglo no ha venido con abundancias precisamente", se lamentó. Se abrazaron por última vez y cada cual siguió su camino.

Diego confirmó que el 169 aún no se divisara subiendo la avenida, y desde uno de los teléfonos públicos cercanos a la parada marcó el número de larga distancia a la casa de sus padres. "- Hola mamá, ¿cómo están por ahí? ¿Cómo sigue el viejo?".

"- Ahí vamos mijito", le respondió en su tono paciente de siempre. "- Hoy no fue su mejor día; tu hermana tuvo que ir al comercio sola para que yo pudiera quedarme a atenderlo", le comentó resignada. "- ¿Para cuándo tenés pasaje?".

"- Pasado mañana, viejita", afirmó Diego.

"- Te queremos mucho mijo, Dios te bendiga".

"- Y yo a ustedes, mamá. Tengo que colgar, no me queda casi saldo en la tarjeta".

Cortó la línea y tomó asiento en el banco de la parada. El sol se ocultaba detrás de la iglesia del Cerrito de la Victoria por el oeste, mientras que al

sur finalmente otro 169 se dejaba ver, escalando el pavimento.

***

El cronómetro del horno avisó a Gabriela que era hora de retirar el sartén. Satisfecha, verificó que el queso estaba bien gratinado, tal como le gustaba a Diego. Apoyó el platillo sobre la tabla de madera y se acercó hasta la alacena, buscando los ingredientes para el postre. Notó que no tenía suficiente azúcar.

Calculando que su sobrino no llegaría hasta dentro de por lo menos media hora, se dirigió a tomar su bolso y su abrigo para resolver ella el faltante, cuando sintió que la puerta del frente se abría silenciosamente.

***

La elemental cerradura no ofreció resistencia alguna. Los dos individuos comprobaron una vez más que no había moros en la costa, e ingresaron a la vivienda. "- Terminemos con esto y vámonos de acá", afirmó el grandote.

Su secuaz, aún con el rostro hinchado por el golpe, aceptó la directiva, y empuñando sus armas se dirigieron en la negrura hacia la luz encendida de la cocina. Si había gente en la casa, estaban allí. Sin embargo, la hallaron desierta.

Decidieron separarse y rastrear el resto del inmueble. Vacío. "- Empezá a revisar; registrá cada cajón, cada armario de la casa", ordenó quien claramente estaba a cargo del operativo. "- Si aparece alguien, los precisamos con vida, ¿entendido?".

***

Diego recorrió sin prisa las cuadras que lo separaban de la parada hasta la casa de su tía, disfrutando el espectáculo que presentaba la noche estrellada.

Mientras completaba el camino hacia la puerta, buscó torpemente las llaves en los bolsillos de su abrigo. Revisó uno, luego otro, los interiores, pero no consiguió dar con ellas. En el momento en que se aproximó al timbre, el pánico lo invadió: la puerta estaba entreabierta.

Siempre se había preguntado cómo reaccionaría en una situación límite cómo ésta, y la respuesta para su asombro era que estaba decidido a entrar, sin importar lo que encontrara dentro. En el momento que retomaba su marcha, una mano cubrió súbitamente sus labios.

Era la mano de una mujer, áspera y perfumada. Reconoció enseguida esa fragancia, no consiguiendo entender qué se proponía su tía. Se volteó lentamente y percibió las lágrimas en sus ojos, corriéndole el maquillaje. –"… Todavía están dentro…", dijo con la voz entrecortada. "- Por suerte pude salirme por la puerta del fondo antes de que me vieran". Diego asintió y la tomó de la mano, y rumbearon hacia la calle.

Cruzaron velozmente el portón de entrada, pero su plan de llegar a la otra acera se vio detenido por un antiguo vehículo, que se detuvo frente a ellos abruptamente, cortándoles el paso.

La puerta del acompañante se abrió, y el rostro que Diego vio sentado en el lugar del conductor no hizo más que sumar desconcierto: era su profesor del Instituto.

"- ¡Entren ahora, no tenemos mucho tiempo!", clamó con cautela. Diego lo examinó sosteniendo la mirada, luego miró a su tía y volvió a mirarlo. ¿Qué hacía él aquí?

La vacilación de pocos segundos se extendía interminablemente, y cuando consiguió reaccionar su tía ya se encontraba sentada en la parte trasera del automóvil. "- ¡Vamos Diego, ¡¿qué esperás?!", le cuestionó desde la ventanilla.

***

En pocos minutos habían convertido la casa en un desastre. Se reunieron en el frente, ambos con las manos vacías. El bajito comenzaba a hablar, pero el chirrido de neumáticos en la calle lo obligó a detenerse y enfilar hacia la puerta. Miraron incrédulos a Diego subiéndose a un vetusto Chevette, que aceleró hasta esfumarse doblando la esquina.

"- Me cago en la puta madre, esto no le va a gustar a la jefa…", dijo el más corpulento de los dos.

"- Ya lo creo", dijo su colega mientras levantaba repentinamente su pistola y descargaba una munición en su frente. "- Y menos cuando le explique cómo arruinaste todo…".

El grandulón se desplomó sin esfuerzo sobre el suelo. Su verdugo pasó por encima de él, y tomó su móvil. "- Muchachos, traigan el auto hasta el frente y una bolsa negra. Y que sea ya".

***

El silenció reinó dentro del antiguo Chevette durante unos minutos. El Profesor no desviaba la mirada del camino; Diego se frotaba las sienes una y otra vez con ambas manos, en tanto Gabriela permaneció con el

torso inclinado sobre sus rodillas, las que rodeó con ambos brazos.

"- Profesor, qué está p…", comenzó a decir Diego, en el instante que el Profesor lo detuvo. "- Diego, ¡¿dónde está el libro?! ¡¡Decime dónde está!!". Rasgos de paranoia se denotaban en su rostro. Pestañeaba una y otra vez, un tic que le había reconocido cuando el estrés lo superaba durante el año lectivo.

"- ¿Qué libro?", se cuestionó primeramente Diego. No asociaba lo que el Profesor le estaba reclamando. "- No sé de qué me habl…". Enseguida, el bloqueo mental se hizo a un lado. "- Se lo llevó Daniel, ¿no se lo devolvió aún? Pero ¡¿qué tiene que ver con todo esto?!".

El Profesor se pasó la mano por el rostro y resopló profundamente. "- Decime donde vive, Diego; tenemos que ir a buscarlo de inmediato. Hay un celular abajo del panel del aire acondicionado, llamalo inmediatamente".

Diego marcó el número y escuchó sonar el timbre del otro lado de la línea durante casi un minuto, pero nadie atendía. Enseguida, decidió probar suerte con el teléfono de Andrea.

"- ¿Hola?"

"- ¡Andrea! ¡Soy Diego! ¡¿Me escuchás?!"

"- Diego, ¿qué pasa?", lo cuestionó sorprendida. "- ¿Está todo bien?"

"- Decime que estás con Daniel por favor", se esperanzó Diego.

"- No, lo dejé en su casa hace un rato …", contestó Andrea confundida. "- Me estás asustando".

Diego contempló al Profesor, quien se mantenía concentrado en la conducción, y siguió la conversación. "- No te muevas de ahí, vamos por Daniel y luego por vos. Después te explico".

"- ¿Que vas a qué? ¿Con quién? ¡¡Diego, explicame!!"

"- No podemos ir por los dos", le transmitió tranquilamente el Profesor sin desviar la mirada, tomando el móvil y cortando la llamada. "- Vamos por Daniel, y luego seguimos viaje".

"- Profesor, no tengo idea de adónde carajo nos está llevando, ni en qué problemas está metido, pero Andrea viene con nosotros. Si nos ha comprometido a nosotros, a ella también", contestó iracundamente Diego.

“- ¡Diego, por Dios!”, intervino Gabriela desde el asiento trasero y levantando el torso. Diego la desestimó, algo que nunca había osado hacer en todos estos años.

El Profesor bajó la mirada un segundo, la levantó nuevamente y accedió.

***

El nuevo líder se ubicó en el asiento delantero de la camioneta, mientras sus compañeros ubicaban el bulto en la maleta. Se golpeó varias veces la frente con la palma de la mano, hasta que decidió hacer la temida llamada.

El timbre llegó a sonar apenas una vez del otro lado de la línea. “- ¿Por qué me estás llamando tú en lugar del agente Ponce?”, consultó quien les había ordenado la fallida misión.

“- Ponce la embarró feo; tuve que ejecutarlo. Casi compromete el plan por completo”, se excusó el agente Ramirez. El sudor que inicialmente se formó en su frente al discar, ya se había extendido a sus axilas, pecho y espalda.

El silencio se prolongó por algunos segundos, generando intranquilidad en él. “- Entonces no tenemos el libro”, concluyó su interlocutor.

“- No, pero ya estamos rastreando el vehículo. Deben ir a la casa del otro muchacho”.

“- No preciso explicarle que sus chances de tener éxito disminuyen con el paso de los minutos”, escuchó el agente Ramirez a modo de reflexión.

“- Le entregaré ese libro, tiene mi palabra”. Oyó como la comunicación se interrumpía sin recibir respuesta. Guardó el móvil en su bolsillo, y con un ademán indicó al chofer de la camioneta que aumentara la velocidad.

***

El Chevette se detuvo frente al edificio que resaltaba en la esquina de las calles Luis Alberto de Herrera y San Martín. El Profesor se encimó sobre Diego, y sin pedir permiso abrió la gaveta.

El arma que de allí tomó no era deslumbrante, pero no impidió que pusiera a sus imprevistos pasajeros los pelos de punta.

“- Quédense acá”, reclamó el Profesor con una seriedad que atemorizó aún más a Diego. Éste lo tomó del brazo mientras iniciaba su descenso del

auto.

“- Ni se le ocurra, vamos todos juntos”, retrucó al Profesor, quien registraba alternadamente a Diego y a su tía. El Profesor se sonrió irónicamente, denotando también cierto cansancio.

“- Está bien Diego, pero apúrense”. Prontamente sus acompañantes descendieron del Chevette, y lo escoltaron hasta la entrada del edificio. Diego presionó repetidas veces el botón del décimo piso, temiendo lo peor. El Profesor continuaba con el repetido pestañeo. Se asombró de que Gabriela lo estaba tomando con ambos brazos, temblando mientras lo hacía.

La voz que contestó evidenciaba una leve borrachera “- ¿Ya llegaron? Pero si acabo de pedir…”, preguntó Daniel.

“- ¡¡Daniel!! ¡Bajá ahora mismo! ¡No hay tiempo de explicar!”, le indicó un alarmado Diego.

“- … ¿Diego? ¿Qué hacés acá? ¿De qué estás hablando?”

El Profesor apartó a Diego y tomó el mando de la comunicación. “- Daniel, tenés que bajar ahora y traer el libro”, le demandó en un tono calmado.

“- ¿¿P-p-profesor?? ¿Usted también? ¿Qué clase de broma es esta?”

“- ¡Ninguna Daniel, vení y no demores!”, exclamó una voz que sobrecogió a los tres visitantes. Cuando se giraron, encontraron a Andrea justo detrás de ellos.

“- ¡Andrea! ¿Cómo nos encontraste?”, interrogó Diego.

“- No lo hice; me quedé aterrada con tu llamado y vine a buscar a Daniel. No conseguí que me atendiera … ¿Qué hace tu tía acá? ¿Y el Profesor? ¡¿Qué hace con un arma?!”

“- Ya te explicaremos todo”, contestó el Profesor encajando el arma en su cintura. Miró nerviosamente hacia dentro del edificio, esperando que Daniel se manifestara de un momento a otro.

“- Bueno, al menos nos ahorramos un viaje”, razonó Gabriela, buscando cortar la tensión.

La botonera del ascensor comenzó a indicar que la máquina venía en franco descenso. La puerta se abrió, y a pesar de que no lograba interpretar lo que veía, Daniel no demoró en unírseles.

“- ¿Nos vamos entonces?”, consultó Diego al Profesor. Éste los examinó a todos, y se dirigió a Andrea.

“- Nos vamos en tu auto, seguramente que ya hayan identificado el mío”, advirtió el Profesor.

“- Hacemos lo que usted quiera, pero vámonos”, le respondió insegura. El Fiat Uno parecía insignificante por fuera, pero se acomodó perfectamente a los cinco tripulantes. El Profesor repitió el rol de piloto, Diego el de copiloto y los demás se sentaron detrás.

El Profesor se volvió a ellos y preguntó a Daniel: “- ¿Tenés el libro contigo?”

“- Está en mi mochila; lamento haberlo tomado sin permiso, no pensé que fuera un problema”, se disculpó con pesar.

“- Descuidá, Daniel. De hecho, tengo que agradecerte. Me salvaste la vida”. Encendió el Fiat y aceleró por la Avenida San Martín.

***

La camioneta llegó instantes después de su partida, y encontrando el Chevette en la puerta del edificio. El agente Ramirez fue quien bajó primero, verificando en seguida que el vehículo estaba inhabitado.

Enfiló hacia la entrada del edificio, abortando enseguida la decisión y volviendo hacia la camioneta. Se montó en ella y se dirigió a los demás ocupantes.

“- Sigamos rastreando, si salen de Montevideo va a ser como buscar una aguja en un pajar. Busquen en las principales avenidas, en las estaciones de servicio; si tenemos suerte, tienen que cargar algo de combustible antes de ir hacia los accesos”.

***

El nuevo transporte avanzaba raudamente por la Avenida Batlle y Ordoñez. En lo posible, no se detenía en los semáforos. El Profesor observó el medidor del combustible, y lamentó ver que estaban por entrar en reserva. “- Tenemos que parar en alguna estación a completar el tanque, es un viaje de varias horas”.

Nadie contestó. Daniel y Andrea se abrazaban, afligidos. Diego hubiera dado todo lo que tenía en el mundo para ser él quien la consolara. El Profesor divisó una estación de servicio y arrimó el vehículo a los surtidores. “- Si alguien precisa ir al baño, es mejor que vaya ahora”,

propuso. Abrió la ventanilla y entregó las llaves al pistero.

El movimiento que hizo el Profesor al inclinarse hacia afuera descubrió el revolver bajo su abrigo. Diego tomó una repentina decisión, sustrayéndola y tomándola con ambas manos. Gabriela se llevó una mano a la boca, cortando el agudo grito que iba a emitir.

"- Profesor, quiero una explicación o llamo a la policía. Usted decide".

"- Diego, no seas tonto, vas a lastimar a alguien", lo persuadió el Profesor. Había dejado de pestañear.

"- ¡Diego, qué estás haciendo!", intervino Andrea. Daniel en tanto todavía no se hallaba, y prefirió mantenerse callado.

"- Terminemos de cargar el combustible, y en la ruta les cuento todo", propuso el Profesor.

Diego parecía desconfiar, decidió mirar a Andrea y ver qué le transmitía su rostro. La desesperanza que descubrió lo obligó a tranquilizarse, y se volvió hacia el Profesor.

"- Está bien. Pero yo me quedo con el arma", contra ofertó.

***

La contraparte del agente Ramirez atendió con atención la última promesa, antes de suspender la llamada. Apoyó el móvil sobre el escritorio, y se reclinó en la silla.

La puerta de su despacho se abrió, sin previo llamado. Su secretario ingresó al recinto, aproximándose con cautela y temor. "- Canciller Peralta, disculpe la molestia. Tengo al presidente en la línea, precisa hablar con usted…"

"- Ya te dije mil veces que podés llamarme por mi nombre de pila."

"- Perdón, Ana María. ¿Le transfiero la llamada?", repreguntó sin conseguir hacer contacto visual.

"- Decile que no me encuentro en mi despacho ahora, que apenas me ubiques le devuelvo el llamado", sugirió.

El secretario aceptó la instrucción y abandonó la sala.

Ana María resolló, se acercó a la ventana y buscó despejar su mente. Tenía que meditar cómo iba a ser la siguiente llamada. Encendió un cigarrillo, y soltó las bocanadas de humo lentamente, dilatando lo

inevitable. Apagó la boquilla en el cenicero, y abrió el cajón del escritorio. Tomó el otro móvil y discó el marcado rápido.

"- Buenas noches", la saludaron en un perfecto español.

"- Buenas días para usted; disculpe que lo molesto a estas horas", justificó Ana María.

"- No es nada. Suelo estar despierto a pesar de lo prematuro del día. Uno se organiza mejor el resto de la jornada si tiene tiempo para planificar. Me imagino que debe ser algo importante.", dedujo.

"- Aún no tenemos el libro. Estamos poniendo todos los recursos a disposición, sabemos que todavía está en Montevideo", le informó. Tomaba un lápiz en su otra mano mientras dialogaba, ejerciendo tal presión sobre la madera que lo quebró por la mitad sin dificultad alguna.

"- No es lo que esperaba escuchar… caramba. Esto no la pone en una situación muy favorable, Canciller", amenazó.

"- Si me concede más tiempo, cumpliremos el encargo", le planteó con el mayor grado de certidumbre que le fue posible.

"- Tiene setenta y dos horas para conseguirlo, Canciller".

"- Aprecio su comprensión, lo mantengo informado." Presionó el botón rojo, y dio una larga pitada a su cigarro.

***

Diego se sentía fastidioso con la pistola en la mano. Las armas nunca habían sido de su agrado. De pequeño, su abuelo había querido enseñarle a usar la chumbera, pero la idea nunca le sedujo. Ya en su primera etapa de adultez, su ahora aquejado padre lo incentivó a dominar la escopeta, en caso de que fuera necesario defender el comercio. Tampoco le fue posible hacerlo.

"- Vas a causar un accidente. Devolveme el arma por favor", le solicitó el Profesor. Se vio tentado a palmearle el hombro, pero temía que ello provocara un disparo involuntario.

"- Cuando quiera empezar a hablar lo estoy escuchando, Profesor. Mientras, me quedo con el revólver."

Gabriela lo admiró fascinada, con los ojos vidriosos. No recordaba vez alguna en que Diego la hubiera amedrentado como lo hacía ahora. Siempre había sido un chico dócil, sumiso. Jamás un exabrupto, ni

concebía levantar la voz ni para defender sus ideas más fundacionales.

Insólitamente, Daniel se había dormido. Seguramente la bebida había contribuido con ello. Andrea permanecía abrazada a él, y miraba por la ventana como el Fiat avanzaba por la avenida.

"- En unos minutos llegamos a los accesos; cuando estemos seguros de que nadie nos sigue, les digo de qué se trata todo esto", aseguró el Profesor. Mientras lo hacía, mantenía fija la mirada en el camino.

En la esquina con la calle Garzón, se detuvieron en el semáforo. Transitaban demasiados vehículos como para intentar saltarse la luz de alto. Sus dedos repiqueteaban sobre el volante.

Cuando el cambio de luces avanzaba hacia el verde, la camioneta se detuvo a su derecha. El agente Ramirez admiró el vehículo, y le llamó la atención que el copiloto iba armado. Cuando continuó hacia el chofer, lo reconoció inmediatamente.

El Profesor encontró su mirada, y supo lo que debía hacer. Presionó el acelerador y el Fiat Uno se disparó entre los autos. La camioneta no se retardó en hacer lo propio. El pequeño vehículo la aventajaba por no más de media cuadra, y la distancia se acortaba a cada segundo.

"- ¡Por favor, profesor! ¡Pare el auto!", imploró Andrea entre sollozos.

"- ¡No puedo, Andrea!", le advirtió el Profesor.

"- ¡Vamos a chocar!", rebatió Gabriela compungida.

Diego percibió todo el intercambio en silencio, hasta que decidió abrir la ventanilla. Se asomó por ésta, y apuntó con el revólver. "- ¡Todo el mundo abajo!", ordenó.

El agente Ramirez lo observó hacerlo, y aceptó el reto. Presionó el botón en su puerta, y mientras la ventana descendía, enfundó su metralla y comenzó a disparar sin convenir regla alguna con su contrincante.

El vidrio trasero del Fiat Uno estalló en incontables pedazos. Los gritos de los ocupantes de la parte trasera del vehículo chillaron al unísono. El Profesor se vio abrumado por la ráfaga, y perdió momentáneamente el control del volante. Diego se disponía a disparar su arma en el momento previo al volantazo desprevenido. Si ello no hubiera sucedido, el proyectil se hubiera perdido en la oscuridad de la noche. Empero, el involuntario desvío no hizo más que corregir su destino, e impactarla en la cubierta delantera izquierda de la camioneta.

El Profesor vio por el espejo retrovisor cómo el vehículo que los acechaba comenzó a ladearse de un lado a otro, para volcar y a girar una y otra vez. La tensión lo hizo presionar el pedal a fondo.

Cuando la camioneta finalmente culminó de rodar, el vehículo en fuga ya no se divisaba. La puerta delantera del lado del acompañante se abrió, y el agente Ramirez se dejó caer sobre el pavimento. Un hombro dislocado y un profundo corte en el brazo eran las primeras secuelas que identificaba como resultado de la colisión.

A duras penas consiguió apoyarse en su rodilla izquierda, mientras escuchaba a los patrulleros llegar al lugar.

***

El gélido aire se colaba por el hueco trasero del automóvil. Gabriela terminaba de retirar las lascas de vidrio restantes con el codo derecho, asegurándose de cubrir su vista. Andrea y Daniel se fundían en un atemorizado abrazo mientras lo hacía.

El vehículo acababa de ingresar a la ruta nacional número cinco. El Profesor y Diego permanecían callados, cada uno mirando un punto fijo al frente.

"- Lamento mucho todo lo que acaba de pasar", se disculpaba con franqueza el Profesor.

Diego tartamudeó, se bofeteó y lo miró con vehemencia. "- Profesor, por favor; a dónde vamos", preguntó casi como un autómata. Depositó el revolver en la gaveta con manos temblorosas, y con ellas cubrió su boca.

"- A buscar a alguien que nos diga cómo arreglar esto", contestó el Profesor.

***

Una enfermera aplicaba el último punto de sutura al brazo del agente Ramirez, quien masticaba el dolor entre dientes. Desde que había ingresado a la sala de emergencias, el personal de salud no había hecho otra cosa que fustigarlo con sus procedimientos y preguntas.

La Canciller Peralta entró al cubículo. "- Salga, por favor", indicó a la enfermera, quien los abandonó presurosa. El agente Ramirez se esforzaba por mantener los ojos entreabiertos. Los calmantes todavía no hacían su magia.

"- Nos quedan menos de tres días", argumentó la Canciller. "- Y no

tenemos ni idea de donde están”. Sus uñas se le clavaban en la piel.

“- … Canciller…”, inició el agente Ramirez. “- Le prometo que los encontraremos”, advirtió. Extrañeza y asombro se dejaban notar en las facciones de la Canciller. Se frotó los brazos con ambas manos, y bajó la vista.

“- ¡¿Y cómo carajo podés asegurarlo?!”, le espetó con furia. Se acercó al agente Ramirez, y la presión que aplicó sobre su malherido hombro lo hizo ver las estrellas.

“- ¡¡Porque tenemos la placa del vehículo, maldita puta!!”.

La Canciller aflojó la empuñadura, y buscó su móvil. Marcó el número de memoria, y aguardó la comunicación.

“- Ramirez, la placa”, reclamó la Canciller.

El agente Ramirez la proporcionó, y la Canciller la proveyó a su dialogador. “- Quiero ese auto, y lo quiero ya”.

***

CAPÍTULO II

***

Lincoln atravesó el hall principal del sanatorio, y se aproximó al mostrador. “- Buenas tardes, la habitación de la señora Vega por favor”. La intranquilidad cruzó el pasillo con él, y se le salía por los poros.

“- Habitación 105, joven”, respondió la recepcionista. Agradeció con la mirada y se aproximó a los ascensores.

Cuando ingresó a la sala, notó que la Profesora Vega se encontraba dormitando. Al impulso inicial de despertarla, optó en cambio por tomar asiento. La postergada plática debió aguardar casi una hora.

“- Lincoln, gracias por venir”. La Profesora Vega se acomodó en su lecho, claramente fastidiosa. Lincoln se aproximó, tomó su mano rugosa y la acarició con serenidad.

“- Profesora, vine tan pronto como me pude. ¿Cómo la están atendiendo? ¿Hay algo que pueda hacer por usted?”, ofreció Lincoln. Con la otra mano, recorrió su frente y peinó sus cabellos grisáceos.

“- Estoy bien querido, no te preocupes por mí. Te confieso que alguna noche me gustaría que viniera un plato de pasta rellena con salsa en lugar

de esa sopa desabrida, pero no me quejo”.

Lincoln retomó su asiento. Registró su bolso, y sacó un viejo libro con las tapas muy desgastadas. Lo acercó a la Profesora, quien lo recibió sobre su falda.

“- Profesora, honestamente no comprendo que debo buscar. Leí y releí cada página, pero no lo encuentro…”, resumió con desilusión.

La Profesora Vega le transmitió una mirada serena, abrió el libro y ojeó azarosamente varias de sus hojas. Se mordió débilmente el labio inferior, y lo volvió a cerrar.

“- No te mortifiques Lincoln; no es tu culpa, ni la mía tampoco”, procurando reconfortarlo. “- No somos los primeros que aspiramos a descifrar su contenido, ni seremos los últimos…”.

“- Lo sé, lo sé. Es que, tanto tiempo hurgando y escarbando entre líneas. Tenía la convicción de que íbamos a lograrlo”, se lamentó.

El médico los sorprendió redondeando el coloquio. Saludó a Lincoln, sujetó la planilla que estaba sobre la mesa y repasó los antecedentes. ”- Señora Vega, me disculpo por no haber podido visitarla esta mañana”, comenzó. A continuación, se dirigió a Lincoln. “- ¿Es usted el hijo?”.

“- No, soy un alumno”.

El hombre de la bata blanca consintió, y continuó dialogando con la Profesora Vega. “- Debemos operar cuanto antes, señora. Las probabilidades de éxito disminuyen con cada día que pasa”.

Lágrimas brotaron y recorrieron tímidamente sus mejillas. Lincoln se acomodó a su lado, y la abrazó cálidamente.

“- El quirófano está reservado para las seis de la mañana. Las enfermeras repasarán con usted la preparación que debe hacer esta noche. Trate de descansar”.

“- Muchas gracias doctor”. El médico se retiró y los dejó continuar con su charla.

“- Voy a casa por algunas cosas, y me quedo para acompañarla esta noche. Si me lo permite, por supuesto”, propuso Lincoln.

“- No sabés cuánto te lo agradezco”. La Profesora Vega no conseguía impedir el gimoteo.

Tomó sus sienes con ambas manos y le besó la frente. Se levantó del catre, y se dirigió hacia la puerta.

"- Regreso en un par de horas", desafió Lincoln.

La Profesora Vega logró interrumpir el sollozo, y ofrecerle una sonrisa.

***

Lincoln subió las escaleras de a dos escalones. El bus había completado su recorrido cansinamente para variar; según sus cálculos, tenía menos de diez minutos para tomar la próxima frecuencia y volver al sanatorio.

Giró la llave dos veces, y lanzó el bolso sobre la mesa. Se precipitó hacia el dormitorio, encendió la luz y presuroso tomó un cambio de ropa del cajón superior de la cómoda. Del baño, tomó algunos artículos de higiene personal.

Cuando regresó hacia el estar, se disponía a ir por la llave de luz cuando por el rabillo del ojo ingresó una silueta acomodada en el sillón. La parálisis duró breves momentos. Comenzó a volverse hacia el desconocido visitante despaciosamente, hasta que quedaron frente a frente.

"- Si hacés exactamente lo que te indico, todo va a estar bien". La penumbra y el sombrero del misterioso intruso le impedían identificar su rostro. "- Tenés algo que le interesa a gente muy importante. Cuanto antes lo entregues, más pronto terminamos con esto", insinuó mientras desenfundaba el arma desde el interior de su gabardina.

"- No entiendo de qué me habla", se disculpó Lincoln, proyectando una falsa serenidad. "- Si ya revisó el apartamento, no sé qué puedo tener conmigo que no haya encontrado", razonó.

"- El libro. Dámelo ahora y me voy por donde entré". Reguló el martillo del revolver, y apuntó el caño hacia su humanidad.

"- No lo tengo conmigo. Está en el hospital, con la Profesora Vega". El miedo le impidió pensar en una mejor respuesta que la verdad.

Manifiestamente, no era la respuesta esperada. El visitante se puso de pie. "- Entonces vamos a tener que hacerle una visita. Y no te conviene pasarte de listo", amenazó.

Lincoln evaluó fugazmente la situación, no identificando mayor opción. Su secuestrador lo tomó por el brazo, y lo dirigió hacia la puerta de salida.

***

El maleante condujo el vehículo hacia la parte trasera de la manzana. Descendió, y se aproximó a la puerta del copiloto. Mientras facilitaba la salida a Lincoln, volvía a desenfundar la pistola. La colocó en su espalda, y lo intimidó con el protocolo a seguir dentro del edificio.

"- Voy a estar apuntando. No hagas ninguna estupidez. Entramos, vamos a la habitación y me llevo el libro. Más vale que esté durmiendo y no nos vea".

Salieron del ascensor, y enfilaron sin escalas a la habitación 105. Lincoln no se permitía siquiera parpadear. Cuando alcanzaron los aposentos de la Profesora, el júbilo que le produjo verla pernoctar era inconmensurable. El rufián parecía complacido también, el operativo efectivamente sería más simple de ejecutar.

"Ahora, dame el libro". Apuntó con el revólver desde el interior de la gabardina, y Lincoln se arrimó a la mesa.

Se disponía a tomarlo, y en su lugar posó sus manos sobre la jarra de vidrio con agua.

"- Dale, que no tengo tiempo. El libro".

Lincoln prorrogaba el falso intercambio. Meditó vacilante si estaba haciendo lo correcto; el punto de inflexión que se marcaría a partir de ahora abría un camino alternativo impredecible.

El hampón lo abordó por detrás, y exiguamente alcanzó a comprender lo que sucedía antes de que Lincoln hiciera estallar la jarra en su cráneo. La intensidad del impacto los propulsó a ambos en sentido contrario. La Profesora en tanto, sedada para una mejor preparación de la operación, no se dio por enterada. El delincuente golpeó sonoramente su cabeza contra la pared, lo que terminó de desvanecerlo. Lincoln recuperó el equilibrio casi de inmediato, lo observó precipitarse al suelo, y corrió despavorido hacia el pasillo en busca de auxilio.

***

La sala de interrogatorio de la estación de policía lejos estaba de transmitirle serenidad. Sabía que en la sala contigua se encontraba el mercenario.

El oficial entró con una taza de café, y la ofrendó a Lincoln. "- Servite. Para calmar un poco los nervios".

Lincoln aceptó la bebida caliente, pero seguía sin pronunciar mayor palabra.

"- Ya está bien. Hasta acá aguanté sus pelotudeces. Si ninguno de los dos va a hablar, van a la misma celda".

Sus pupilas se dilataron por simple temor. "- Oficial, no sé qué más quiere. Ese hijo de puta fue al hospital, entró a la habitación y nos atacó. Tengo suerte de estar contando el cuento".

"- Y pretendés que acepte que fue pura casualidad que fuera por ustedes. No me tomes por idiota", amenazó el oficial. "- Lo van a largar en unos días sino me explicás lo que estaba buscando".

Lincoln desvió la mirada, y volvió a enfocarse en el oficial. "- Sino le sirve mi versión, puede ir a escuchar la de la Profesora Vega. Nada lo detiene", contestó.

El oficial desestimó su propuesta. "- Vamos a dejarte ir. Tené cuidado. No podemos hacer nada si van por vos".

Lincoln agradeció al oficial, y abandonó la sala. Lo único que quería en ese momento era regresar con la Profesora. Y con el libro.

***

El prisionero era liberado una semana después. Caminó varias cuadras, hasta que un vehículo se detuvo a su lado.

"- Subí", le indicaron desde dentro.

La persona que daba la orden no le era familiar, pero presumió que el transporte le había sido enviado por sus empleadores. "- El pibe tiene el libro. Voy a ir a visitarlo. Preciso un arma".

"- No vas a hacer nada, y te vas a ir un tiempo del país", le explicó su chofer. Produjo un sobre de su bolsillo, y se lo entregó.

"- Tenés un asiento en el siguiente vuelo a Argentina. También un nuevo pasaporte y suficiente y dinero para tres, cuatro meses. Si luego decidís volver, no nos busques. Ni a él tampoco".

"- No entiendo", contestó confundido. "- Lo tenemos a nuestro alcance. Es totalmente inofensivo".

"- Te expuso a vos, y también a toda la operación. Tu operativo en el hospital fue una estupidez. Tenemos que dejar que se calmen las aguas.

Al menos por ahora”.

El copiloto observó como el vehículo avanzaba por la rambla. Minutos después, se aparcaba en el edificio de partidas del aeropuerto. “- Perfil bajo”, indicó su transportista.

El automóvil abandonó aprisa la terminal, ni bien descendió.

***

CAPÍTULO III

***

El marco era indiscutiblemente ideal. Polidoro tomó su copa de vino, se refrescó con el enésimo trago y contempló el firmamento. El bochorno del alcohol circulaba por su torrente sanguíneo, otorgándole una sensación de relajamiento agradable, que se complementaba con el ameno sonido del arroyo. A su alrededor, los demás caciques, sus familias y amigos disfrutaban del abundante banquete.

La ofrenda del Presidente no había hecho más que generar la admiración y gratitud de los charrúas. Atrás quedaban prolongados años de escepticismo sobre el posible destino de su pueblo, de luchas despiadadas y de enfrentarse al codicioso conquistador de turno. El exilio del General Artigas había cumplido más de una década y aún era un revés difícil de asimilar, pero el futuro se avizoraba propicio con la firma del tratado de paz.

“- En nombre del pueblo charrúa, y de los demás caciques aquí presentes, humildemente le agradecemos este espléndido festín, Señor Presidente”, enunció Polidoro. Su dicción era firme y estable, a pesar de la ingesta de alcohol.

“- No hay lo qué, Cacique”, rebatió el Presidente Rivera. “- Es lo mínimo que correspondía como ofrenda al esfuerzo y lealtad de su gente”, fundamentó en tanto rellenaba el recipiente de Polidoro.

Los agasajados continuaban carcajeando y canturreando con efusividad. Venado, a quien le apetecía fumar un poco de buen tabaco, se levantó de su banqueta, y decidió unirse a los dos líderes.

“- Don Fructuoso, me pregunto si me podría compartir algunas de esas exquisitas hebras que suele llevar con usted”.

“- Faltaba más, mi amigo Venado”, entregándole el paquete que guardaba

en el bolsillo interno de su abrigo.

Venado lo llevó hacia su nariz, aspiró profundamente y de dejó deleitar por la fragancia de su contenido. Se sonrió, y tomó asiento.

"- Espero no importunar, pero creo que es momento conveniente para retomar nuestra charla pendiente", propuso Venado. Se volvió a Polidoro en busca de aprobación, y éste asintió.

"- Venado, nada me congratularía más en este momento". Acercó su palma abierta hacia el Cacique, quien la estrechó con decisión. "- Saben que cuentan con mi compromiso absoluto".

Venado exhaló el humo del cigarro que había armado, y se lo cedió a Polidoro quien le dio una prolongada pitada. "- Adaptarnos es lo que más anhelamos, el pasado debe quedar atrás. Debemos formar una nueva sociedad, en armonía y comprometida con forjar una gran nación".

"- Dios te oiga Venado", celebró el Presidente Rivera. "- Si me disculpan, debo excusarme por un momento".

Tomó otro paquete de tabaco de su abrigo, y lo dejó sobre la mesa para regocijo de los caciques. Acto seguido, se alejó del improvisado triunvirato y se dirigió hacia donde se ubica su delegación.

"- Señor Presidente, su sobrino Bernabé lo está esperando en el monte", confirmó uno de sus asistentes.

El Presidente Rivera ratificó, se adueñó de una de las antorchas y emprendió rumbo a la arboleda. Caminó cerca de cien pasos, hasta encontrarse con su sobrino.

"- Bernabé, ¿está todo listo?". Su sobrino constató el temblequeo en su cuerpo, el cual había pasado desapercibido para los intoxicados jefes amerindios.

"-A tu orden, Fructuoso", contestó Bernabé con vacilación. Pasó su mano por el cuero cabelludo, y se concentró en controlar el escalofrío.

"- Que la historia nos juzgue, Bernabé", agregó el Presidente Rivera. Se acercó, y lo abrazó con entereza.

***

El naciente resplandor del alba inundaba la habitación. La noche había prolongada, y el reposo manifiestamente insuficiente. El General Lavalleja se incorporó, y se animó al ver que el desayuno estaba servido sobre la cómoda. Le esperaba una jornada intrincada, por lo que sacar provecho

de la comida más importante del día era menester.

Finalizaba su infusión de café, cuando llamaron a la puerta. El Sargento Benavídez ingresó a sus aposentos. "- Mi General, hemos recibido noticias del operativo en Salsipuedes". Con temor, le entregó un sobre lacrado.

El General Lavalleja apoyó con vehemencia la taza sobre la bandeja. Rasgó el lacre del sobre, y estudió la nota recibida. "- Tengo que escribirle al Presidente de Rosas. Urgente".

"Sí mi General, enseguida vendrá el cadete a tomar sus notas". El Sargento Benavídez dio media vuelta y se retiró con diligencia.

La tensión se adueñó prontamente del General. El levantamiento contra la presidencia de Rivera parecía ineludible. Los puntos de desencuentro eran irreconciliables.

El cadete se asomó temeroso al recinto, no permitiéndose entrar hasta que lo autorizaran. El General tomó asiento, y sin voltearse dio comienzo al mensaje. El cadete, desprevenido, garabateó con desprolijidad sus primeras palabras hasta alcanzarlo.

"- … y es por ello que, respetuosamente, solicitó la colaboración de la provincia de Buenos Aires en el alzamiento contra Don Fructuoso Rivera". Se volteó hacia el cadete, y solicitó que repitiera la nota.

El Sargento Benavídez se anunció nuevamente, esta vez acompañado por un viejo conocido del General.

"- Mi General, me pongo a sus órdenes". El Coronel Sierra juntó sus pies, y realizó la venia.

"- Atanasio, el tiempo apremia. Debemos hacer llegar esta nota al Presidente de Rosas lo antes posible. Confío en ti para que completes la misión a buen tiempo". Secuestró la nota de manos del cadete, y la entregó al Coronel.

"- Delo por hecho mi General", garantizó el Coronel Sierra.

***

La brisa agitaba enérgicamente la bandera de la embarcación. El Vizconde Ponsonby disfrutaba su último habano, y se ilusionaba con que el flamante Rey Guillermo le ofreciera alguno de los suyos cuando se reunieran en palacio.

El transporte lo esperaba al pie de la nave. El conductor brindó sus respetos, cargó su maleta en la parte trasera del carruaje y lo invitó a

pasar a la cabina. “- Bienvenido nuevamente, Vizconde”, saludó el conductor. “- Es un placer tenerlo nuevamente con nosotros”. Agitó las riendas, y los equinos comenzaron su marcha.

El recorrido fue fugaz, y se detuvieron frente a la morada del Rey. La Guardia Real se formaba en el patio principal. El Vizconde Ponsonby descendió de la carroza, y la banda musical entonó su marcha como distintivo de cortesía.

Realizó una reverencia, y avanzó por el pasillo que formaban los soldados. Los sirvientes lo direccionaron a uno de los cuantiosos salones de la planta baja, donde lo esperaba el Rey.

“- Vizconde, el Reino de Gran Bretaña lo saluda y agradece su servicio en lejanas tierras”, inauguró el Rey Guillermo. Ofreció su mano, y el Vizconde la besó.

“- Su excelencia, le deseo un reinado victorioso y una larga vida”.

El Rey avanzó hacia la mesa, y se ubicó en una de las sillas. El Vizconde se le unió a continuación.

“- Tengo entendido que la Convención Preliminar de Paz fue un rotundo éxito”, expuso el soberano.

“- Creo que su inicio ha sido auspicioso, alteza. Las perspectivas de que nuestros negocios en la región se desarrollen son altamente favorables. No obstante, previo a mi partida he notado una creciente tirantez entre los partidos opositores. Recomiendo hacer seguimiento del asunto para evitar un retroceso en el acuerdo que con tanto empeño hemos logrado”.

“- Me aseguraré de que así sea, Vizconde. Pero ahora debe partir a Bélgica. Las negociaciones para la independencia van bien encaminadas, pero es innegable que sus dotes de negociador son requeridas allí”.

“- Pondré mis asuntos en orden a la brevedad y partiré, eminencia”.

“- Estupendo. Me supongo que tendrá unos minutos para que lo convide con un puro, ¿es así?”. Tanteó la caja metálica que se encontraba sobre la mesa, la abrió y tomó dos cigarros, ofreciendo uno al Vizconde. Éste aceptó con gusto; se aproximó a la estufa, y lo encendió.

“- Tiene un leve gustillo a frutos rojos, extraordinario”, se regocijó el Vizconde.

***

En el momento en que el General Oribe irrumpió en la reunión que se llevaba adelante en casa de gobierno, el Presidente Rivera vislumbró problemas en el horizonte.

"- Estimados Señores, primeramente me disculpo ante ustedes por detener la junta, pero ha llegado a mis oídos información sensible que huelga su conocimiento. Demando su atención para instruirlos al respecto".

Incredulidad asomaba en los rostros de todos. Efectivamente comprendían un estado en formación, con limitaciones, con recelos, pero con bríos. Apersonarse improvisadamente ante el Presidente y efectuar una acusación contra su administración, no era para desmerecer.

"General, me presumo que cuenta con pruebas para respaldar la acusación que está por realizar", desafió Don Roque Graseras. Su temple no hizo hesitar al General Oribe, quien prosiguió con su exposición.

"- En efecto, Don Roque. Si se me permite, a continuación me referiré a los acontecimientos que me han sido informados, y presentaré a los testigos involucrados".

Don Roque Graseras se dirigió al Presidente Rivera en busca de definición. El Presidente presumía la inculpación, pero estaba dispuesto a correr el riesgo. La posibilidad de que el General Oribe trajera con él evidencia sólida era altamente remoto.

"- Adelante, General. Prosiga con su manifestación", invitó el Presidente.

El General Oribe consintió, y se ubicó hacia el centro de las cuatro paredes. "- Estimados miembros de este gobierno, traigo a ustedes una denuncia que no podía esperar. Se me ha notificado que la Presidencia ha desobedecido la orden que le fue impartida por esta comitiva".

El mutismo fue la reacción inicial del cónclave.

"- Señor Presidente, qué tiene para decir al respecto. Lo exhorto a responder el descargo del General", solicitó Don Tomás Diago.

El Presidente Rivera se puso de pie, observando a sus gobernantes. Apoyó ambas manos sobre la mesa, y meditó sus primeras palabras. La intervención inicial marcaría el derrotero de este asunto.

"- Señores míos, refuto enfáticamente la acusación del General Oribe. En efecto, los charrúas fueron convocados por Presidencia para colaborar en el control de la frontera, organizándose previamente una celebración en el arroyo Salsipuedes, con la excusa de festejar el nacimiento de esta nueva nación. Mi sobrino Bernabé y yo ciertamente comparecimos para

supervisar directamente la operación y, aprovechando el estado de intoxicación generalizado de los indígenas, se procedió a su ejecución total y completa”.

“- Señor Presidente, demando que no falte a la verdad”, solicitó el General Oribe. “- Nuestros contactos en la zona realizaron una inspección exhaustiva del lugar de los hechos, y no se halló ningún signo de combate”.

El silencio del resto fue reemplazado crecientemente por desaprobación. La tirantez dentro del recinto era tal, que nadie había reparado en que el General Lavalleja se había sumado a la asamblea.

“- Buenos días, caballeros. Veo que he conseguido unirme a ustedes a buen tiempo”. Sus pasos resonaron en las paredes, a medida que caminaba hacia donde se encontraba el General Oribe, quien lo admiró complacido.

“- General Lavalleja, no lo hacía en Montevideo”, cuestionó Don Juan Benito Blanco.

“- El motivo de mi presencia tiene justificación, Don Juan”, adjunto el General Lavalleja. “- Soy quien proporcionará las pruebas que mencionó a ustedes el General Oribe”.

El Presidente Rivera se precipitó hacia los generales interpelantes, lo que generó alarma en el resto de los políticos. “- Si disponen de algo que sustente sus afirmaciones, pues los intimo a mostrarlo inmediatamente”, amenazó llevando su mano derecha a su espada. “- Por el contrario, retírense”.

Los Generales mantuvieron el semblante impávido, decidiendo si contrarrestaban la amenaza.

“- Fructuoso, creo que no será necesario apelar a la violencia”, proclamó Bernabé, ingresando al salón escoltado por dos cabos. “- Si me acompañan afuera, podrán ver con sus propios ojos que la misiva que nos fuera impartida semanas atrás fue debidamente acatada”.

El Presidente Rivera se congratuló como nunca de ver a su sobrino. Soltó el mango de su espada, llevó sus manos a sus cabellos para acomodar su peinado, y se dirigió a los demás. “- Señores, si gustan. Después de ustedes”.

Ordenadamente abandonaron el edificio y, manchando sus costosos calzados con el húmedo barro, cruzaron hacia donde los guiaba el Coronel Rivera. Caminaron menos de dos cuadras, y se detuvieron frente a una carreta. En ella, tres charrúas se encontraban esposados y custodiados

por soldados.

"- He aquí la prueba irrefutable de lo acontecido en Salsipuedes, estimados caballeros. Conozcan al Cacique Vaimaca Pirú, quien fue capturado en Salsipuedes junto con otros dos integrantes de su tribu. En breve serán embarcados a Europa, para incorporarse a un circo donde serán exhibidos como 'los últimos charrúas'. El Cacique les confirmará lo ocurrido la noche en cuestión".

El General Lavalleja no acreditaba lo que veían sus ojos. Se aproximó a la carroza, y decidió interrogar a Vaimaca Pirú.

"- Cacique, tiene una oportunidad de salvarse y ser un hombre libre. Lo único que debe hacer es decirnos lo que verdaderamente aconteció en Salsipuedes". La oferta era altamente tentadora.

Vaimaca Pirú se erigió, generando la reacción de los soldados quienes blandieron sus sables.

"- Déjenlo hablar, no enfrentamos ningún riesgo con la cantidad de acero que rodea sus manos y pies".

El Cacique levantó sus manos cautivas, y se dirigió a la improvisada audiencia. "- Durante casi dos décadas, nuestro pueblo se alzó junto con el resto de los habitantes de estas tierras contra los invasores de turno. Espalda con espalda, batalla tras batalla, expulsamos a ingleses, españoles y portugueses; una y otra vez. Desde que nuestros ancestros hicieron contacto con los primeros colonizadores, aprendimos a convivir con la idea de que ya nada sería igual. El encuentro de dos mundos estaba consumado, y debíamos seguir adelante. Lo que sucedió en Salsipuedes marca el punto final de la fallida apuesta de confiar en los hombres blancos. Puedo asegurarles que de ello me arrepentiré hasta el final de mis días". Volvió a tomar asiento, y con la mirada perdida observó el piso del carromato.

"- Espero que esta sea demostración suficiente para ustedes", dijo el Coronel Rivera. El transporte de los charrúas emprendió su marcha hacia el puerto. Los gobernantes intercambiaron breves comentarios, y no vieron otra alternativa que dar por terminado el proceso.

El General Oribe permaneció en el lugar junto al General Lavalleja. "- No sé cómo convencieron al Cacique Pirú de prestarse para esta farsa. Debemos actuar con prisa, General. Cuanto más demoremos, más dificultoso será desenmascararlos".

"- Descuide, General", respondió el General Lavalleja. "- La ayuda ya viene en camino. El Presidente Rosas nos apoyará en nuestro levantamiento. La Presidencia del General Rivera está cercana a su fin.

Pagará cara su traición”.

***

CAPÍTULO IV

***

La esperada exposición del Profesor había ocurrido breves instantes después de que el Fiat Uno cruzó el límite de Montevideo con Canelones. Diego aún no conseguía interpretarla con claridad. La turbación lo invadía y no lo abandonaba.

Fue Gabriela quien se atrevió a romper la monotonía. “- ¿Y tenemos que creerte que todo esto es por un libro destartalado que nadie sabe interpretar? ¡¿Es en serio?! ¡¿Y encima se lo diste a uno de tus alumnos?! ¡Estás demente!”. Le propinó dos patadas al respaldo del asiento del Profesor, que imperturbable aparcaba el automóvil.

“- Lamento que mi versión de las cosas no te sea suficiente. Pero así fue como pasó”.

“- ¿Qué hacemos ahora?”, interrogó Andrea.

“- No podemos viajar con el auto así”, expuso el Profesor. “- Conozco a alguien que nos puede ayudar, si conseguimos encontrarlo. Tenemos que descansar también; mañana seguimos viaje”.

“- ¿Qué hay en Tacuarembó?”, prosiguió Andrea con el careo.

“- No diga nada, Profesor. Después nos cuenta”, adivinó Diego. La confirmación la encontró en su gesto.

El Profesor tocó el timbre de la vivienda que los enfrentaba. Pasada la medianoche, era lógico que no tuvieran pronta respuesta. Decidió esperar un par de minutos, y cuando se disponía a repetir el procedimiento, la puerta se abrió, brevemente, detenida por un pasador.

“- Lo veo y no lo creo. Profesor, ¿qué hace acá?”. Los demás no conseguían divisar quien interactuaba del otro lado del rectángulo de madera.

“- Hola, Rodrigo. Sé que hace un par de años que no hablamos, pero precisamos tu ayuda. Es urgente”.

La puerta terminó de girar completamente sobre sus bisagras, mientras se encendían las luces dentro de la casa. “- Adelante, pasen”. Un hombre de aproximadamente treinta años, de mediana altura, delgado, los hizo

pasar.

“- Perdón por aparecer así a la mitad de la noche, pero tuvimos un problema con el parabrisas trasero. ¿Nos podrías ayudar?”.

“- Metan el auto al garaje, voy yendo a abrir las puertas. Los demás pasen al living, el fuego aún está prendido”.

“- Muchas gracias. ¿Lucía duerme?”, cuestionó el Profesor.

“- Toma una copa de vino en la cena, y alcanza para que se desmaye hasta mañana. Además, Federico está en la casa de los abuelos por el fin de semana largo. Ahora vayan y traigan ese Fiat”.

***

La nueva camioneta era más espaciosa y moderna que la primera. Ahora el agente Ramirez era quien conducía, y la Canciller Peralta iba en el asiento del acompañante.

Llevaba su cabello recogido dentro de una gorra negra. También, su indumentaria se asemejaba a la de sus súbditos. Sentados atrás, en absoluto silencio, iban tres mercenarios con armas largas.

“- Canciller, no tenía por qué venir”. Dolorido aún de sus heridas, el agente Ramirez tomó el frasco de su bolsillo izquierdo y tragó otros dos calmantes.

“- Si hubieras tenido la conversación que tuve yo, estarías acá sentado también”, replicó la Canciller Peralta.

“- Inteligencia nos dice que fueron por la ruta cinco, a Las Piedras. Estamos siguiendo cualquier novedad por el número de placa. El vidrio roto también ayuda”.

“- El Profesor no es imbécil, agente Ramirez. Sino nos apuramos, van a encontrar la forma de escapar”.

El agente Ramirez puso quinta marcha y presionó el pedal. La camioneta se afirmó en el pavimento, y prosiguió viaje.

***

Apenas dos horas habían transcurrido, y el Fiat ya lucía como nuevo. Que el amigo del Profesor fuera mecánico y tuviera un taller de servicio multimarca en su propia casa, les había venido como anillo al dedo.

Rodrigo y el Profesor regresaron al frente de la propiedad, y encontraron a todos dormitando en sus asientos, excepto a Diego que se encontraba de pie frente a la estufa.

"- Veo que el estrés nos afecta de manera diferentes a todos", bromeó Rodrigo. Se dirigió a la cocina, y prendió una de las hornallas. "- Voy a preparar un poco de café, les va a venir bien para seguir viaje mañana", les avisó desde la otra habitación. Rellenó el recipiente de metal con agua del grifo, y la colocó sobre la llama.

Diego se arrimó a su tía, y con cautela le acarició el flequillo. Lentamente, se hacía un panorama más acabado del lío en el que estaban metidos.

Luego, observó a Andrea y Daniel; pensar que hace pocas horas se había despedido de ellos. El Profesor aguardó en el otro extremo de la sala, y luego le señaló la cocina.

Cuando ingresaron, Rodrigo servía tres tazas de café cargado, y acomodaba unas galletas de campaña en un plato. "- Nada elaborado, pero saca el hambre".

El Profesor tomó uno de los pocillos humeantes, pero rechazó la colación. Diego en cambio tomó primero una de las galletas, devorándola en pocos segundos. El hecho de no haber llegado a cenar (perderse la pasta rellena de su tía era algo que no iba a perdonar fácilmente al Profesor), y la angustia que comenzó desde que se subieron al primer vehículo, hacían sus efectos. Tomó la segunda galleta, y en esta ocasión la mojó en el café.

"- Buenas costumbres", destacó Rodrigo.

"- En Fray Bentos no hay otra forma de tomar el café", retrucó Diego. "- ¿De dónde se conocen?".

"- Aunque no me creas, estudié algunos años en el Instituto", explicó Rodrigo mientras revolvía su bebida. "- Cursé las materias del Profesor hace casi diez años. Andaba como un reloj suizo; salvaba todos los exámenes, hasta que Lucía quedó embarazada y tuve que abandonar para conseguir trabajo. Éramos jóvenes, y nuestros padres no podían financiarnos la fiesta".

Terminaba de enunciar la frase, cuando Lucía lo sorprendió cruzada de brazos, apoyada en el marco de la puerta. "- Si me hubieras avisado que íbamos a tener invitados, me hubiera aprontado un poco más", reprochó a su marido.

"- Lucía… querida… no sabía estabas despierta… El Profesor…",

argumentaba Rodrigo balbuceante.

"- Tonto, vos pensás que no te siento cuando te levantás a tomar una copa, o arrasar la heladera. Es más fácil hacerme la dormida", respondió soltando una carcajada. Acto seguido, se aproximó al Profesor y le dio un efusivo abrazo.

Rodrigo recuperó el aliento. "- Sino lo toman a mal, nos vamos a dormir. Quedó un sillón libre en el estar, los demás tomaron los lugares más incómodos". Tomó a Lucía de la mano y se retiraron a su alcoba.

***

La camioneta recorría la avenida principal de la ciudad. La impaciencia de la Canciller iba en aumento. Que su móvil volviera a convocarla era cuestión de horas, y primaba la necesidad de poder comunicar buenas noticias. El agente Ramirez se concentraba en recorrer con la mirada todo lo que se aparecía frente al parabrisas. El sol ya se asomaba sobre los escasos edificios de la ciudad.

La Canciller notó a dos hombres en la plaza de la iglesia, sentados en una banca fumando un cigarrillo y con una bolsa de papel a su lado, que cubría alguna bebida alcohólica. Indicó al agente Ramirez que se acercara.

Cuando la camioneta detuvo completamente su marcha, egresó del vehículo y se apersonó a los noctámbulos.

"- Buenas noches, caballeros. ¿Puedo hacerles una pregunta?"

Uno de ellos se interesó ciertamente en lo que veía, y entabló conversación. "- Hola preciosa, todas las que quieras", contestó mientras se sonreía y daba otro pitido a su armado.

"- ¿Saben dónde puedo encontrar un mecánico? Tenemos un problema con la camioneta, y tenemos que seguir viaje al litoral".

"- Parece bastante nueva, y de buen andar", intervino el otro fumador.

"- La computadora está marcando una alerta, nos quedamos más tranquilos si podemos solucionarlo". Su mano izquierda entró en el bolsillo de su abrigo, tomando la pequeña arma en caso de que fuera necesario acelerar el asunto.

"- No la molestes, imbécil", contestó el flamante enamorado. "- A menos de quince cuadras hay alguien que los puede ayudar. Sigan por la avenida principal, en Ayuí doblan a la izquierda y siguen dos cuadras más. Van a

ver el depósito con la cartelería del taller a mitad de cuadra”.

“- Muy amables”, respondió la Canciller, despreciándolos, y retornando a la camioneta. “- Sigua agente Ramirez, y prepare a sus gorilas de atrás”.

***

El Profesor se sorprendió cuando constató que era el último en levantarse.

Aún siendo el mayor del grupo, por lo general tenía dificultades para conciliar el sueño apenas dos horas de corrido. “- Me estoy poniendo viejo”, pensó para sus adentros.

Lucía lo esperaba con una taza de café cargado. “- Buenos días, Profesor”, saludó. “- Espero que te apetezca”.

“- Muy agradecido, Lucía. ¿Y Rodrigo, dónde está?”

“- Está preparando las cosas en el taller, con su empleado. No se te ocurra irte sin saludar”.

El Profesor observaba a Gabriela enfilar hacia él, percatándose que otro enfrentamiento se avecinaba.

“- Profesor, sino tiene problema, me gustaría irnos a donde cuernos sea que nos está llevando”, agregó con un tonillo de mal humor.

Percibió con rapidez que el sentir de Gabriela era el del resto. Se ausentó un par de minutos para ir al baño, y cuando regresó a la sala los enfrentó.

“- Tengo más que claro que ninguno se anotó para esto. Todo es mi culpa, y lo voy a solucionar. Vamos a buscar un lugar seguro para ustedes. Y, sino tienen noticias mías en un par de días, vayan con esto a los medios de prensa. Es la única garantía que tienen”. Levantó su mano izquierda, y sostuvo frente a ellos un disco de tres y medio. “- Tiene todo lo que sé sobre los que nos persiguen”.

Ninguno se atrevía a tomar lo que les ofrendaba. La incomodidad se apoderó de todos y cada uno. Lucía decidió no ser partícipe del diferendo, y salió de la habitación.

Uno de ellos finalmente reaccionó. Daniel se levantó, y comenzó a caminar hacia el Profesor. Éste mantuvo la mirada firme, pero no desistió en su oferta. Cuando Daniel estaba por hacerse del disco, Andrea golpeó

su mano, haciéndolo trastabillar.

"- ¡¿Qué estás haciendo, Daniel?!", le reclamó enérgicamente. "- Es el Profesor, ¡por Dios! ¿Realmente piensan que quiso involucrarnos en esto? ¿No hubiera sido más fácil para él dejar que nos encontraran?". Tomó el disco de la mano del Profesor, caminó hasta la estufa y lo arrojó al fuego.

"- Bueno, creo que todos vamos a Tacuarembó", dijo Diego. "- Mejor vamos yendo". Se puso de pie, y fue en busca de la pareja que los había alojado para agradecerles su ayuda.

Los demás lo imitaron. El Profesor se ubicó último en la ronda de salutación, cruzándose con Gabriela en la puerta de la cocina, claramente intentando evitarlo. Demoró unos instantes más que el resto en despedirse, y cuando regresó a la sala, los preparó para partir.

***

El Fiat Uno arrancó de su letargo y avanzó por la cuadra hasta la esquina, donde se dispuso a doblar a mano derecha. Aguardó a que un distraído peatón terminara de cruzar, y completó la maniobra. Segundos después que el Fiat saliera del campo visual, la camioneta doblaba en Ayuí y se dirigía al taller mecánico.

Los ocupantes de la camioneta divisaron en simultáneo el descuidado galpón, y aprontaron su armamento. La Canciller impartió las indicaciones. "- Estén atentos. Si se complica, avancen a mi señal". Descendió de la camioneta, y al llegar a la puerta de entrada oprimió el timbre.

Quien apareció tras la puerta fue Lucía. La Canciller se mostró algo sorprendida, esperando inicialmente encontrarse con el mecánico. Retrocedió un par de pasos, la inspeccionó de arriba a abajo y comenzó con su acto.

"- Buenos días, señora. Estoy buscando un mecánico. Nuestra camioneta está mostrando un aviso en la computadora, precisamos revisarla".

Lucía se acomodó el nudo de la bata, alternó su visión entre la visitante y la camioneta, y le contestó.

"- Buenos días para usted también. Lamento decirle que mi marido no trabaja con esa marca. Además, no puede atenderla en este momento".

La Canciller meditó en dar la señal, pero decidió continuar un poco más.

"- Lamento la hora, pero si pudiera llamarlo y aunque sea darle una

mirada, le agradezco”.

Que Lucía tuviera las manos dentro de los bolsillos, evitó que la Canciller apreciara cómo comenzaban a tiritar. A pesar de ello, logró mantener un gesto sereno e incambiado. Se aprestaba a continuar el diálogo, cuando un fuerte olor a alcohol la invadió por detrás.

“- Queerrrridaaa… Yaaa estoyyy acá. Yo lo-lo-los atiendooo”, intervino Rodrigo. Su cabello estaba revuelto, y parecía gomoso. El aliento era insoportable y apestaba. Su ropa no se queda atrás, en lo que refería a desprolijidad y fetidez. La Canciller se llevó la mano a la nariz, y el gesto de desagrado le fue imposible de ocultar.

“- No se preocupen, creo que ya los molesté mucho. Que tengan buen día”. Giró sobre su eje ciento ochenta grados, y volvió a la camioneta.

“- Canciller Peralta, ¿qué pasó?, preguntó con curiosidad el agente Ramirez.

“- Conduzca. Acá no hay nada”. Golpeó varias veces el tablero delante de ella.

***

La pareja esperó a que la camioneta se retirara, y se apresuró a cerrar la puerta. Lucía golpeó repetidas veces a Rodrigo en el pecho, quien se protegió lo mejor que pudo.

“- ¡Epa, epa mujer! ¡Se puede saber qué estás haciendo!”

“- Hijo de puta, hijo de puta… No sabía qué hacer, estuve a punta de contarle todo. ¿Cómo fue que se te ocurrió?”.

“- Se llama improvisación. Unos buches de whisky, y un pijama del cesto de ropa sucia”.

Lucía comenzó a llorar desconsoladamente, y se arrojó sobre él. “- Dios te bendiga Rodrigo. Dios te bendiga”.

“- Sólo espero que Lincoln tenga la misma suerte que nosotros”.

***

El agente Ramirez conducía la camioneta sin destino cierto. La Canciller Peralta observaba nerviosa su móvil. Aún no habían llamado, pero cuando lo hicieran, no sabría cómo enfrentarlo.

“- No hay novedades del auto”, aportó uno de los ocupantes del asiento trasero, con su auricular al oído. ”- … Un segundo, un segundo. Parece que acaba de salirse de la ruta principal y dobló en una ruta interna”.

La Canciller Peralta lo admiró, y sintió como el corazón le volvía a latir con intensidad. “- Que no lo pierdan. Vamos para ahí. ¡Ahora!”.

***

El Fiat Uno aceleraba a toda prisa por el camino de tierra. Un par de kilómetros luego de desviarse de la ruta, aminoró la marcha y se detuvo por completo.

El empleado de Rodrigo descendió, se apresuró a abrir la valija y retiró la bicicleta que habían aprontado minutos atrás. Abrió la portera que tenía de frente, y comenzó a pedalear campo adentro.

***

Minutos después de partir la camioneta, una Volkswagen Parati evacuaba el galpón y avanzaba por el camino lateral a la casa.

“- Profesor…”, empezó a esbozar Diego, ahora como piloto. “- ¿Qué hacemos ahora?”

“- Viajar por la ruta principal. No falta mucho para que encuentren el Fiat, pero los va a distraer, al menos por algunas horas”, respondió el Profesor.

Daniel, quien se encontraba sentado en medio de las dos damas, se inclinó y desplegó una bolsa transparente delante de ellos. “- No se preocupen por la comida, Lucía me obsequió estas galletas, y un termo repleto de café caliente”. Parecía orgulloso de la transacción que había realizado.

***

La Canciller Peralta desenfundó su pequeño revolver, y descargó el cartucho en el Fiat Uno, justificado en su impotencia. El agente Ramirez la observaba con apatía. Cómo había sucedido no lograba esclarecer, pero habían vuelto a perderlos.

Regresaba a la camioneta, cuando su móvil comenzó a vibrar. “- Mierda”, fue lo único que atinó a decir.

“- Buenos días, Canciller. Contente mi día y deme buenas noticias”.

“- Tenemos una pista firme. Seguro que hoy encontramos el libro…”.

“- Vaya, ese Profesor amigo suyo nos está dando muchos problemas. Creo que mejor les hago una visita. La veo en el aeródromo en unas horas”.

La Canciller cortó la conversación, y dando un portazo se montó a su asiento.

“- Prepárense, señores. Tenemos visitas. Al aeródromo”.

***

CAPÍTULO V

***

El bus recorría la circunvalación de Avenida Las Leyes, devolviendo a Lincoln de su visita al hospital. Habían pasado apenas unas semanas desde el ataque, y la salud de la Profesora no había sino empeorado. La operación resultó un inesperado fracaso, y nunca logró abandonar esa fría y blanca habitación. Lincoln había decidido interrumpir sus estudios para acompañarla; era lo menos que podía ofrecer.

Bajó del bus cerca del Instituto; aún no se veía volviendo al apartamento. Recorrió Avenida del Libertador sin rumbo cierto, hasta que vio en el ventanal de un bar a una muchacha de cabellera rubia resplandeciente.

El efecto que causó en él fue tal, que no se percató de que se aprestaba a estrellarse contra la columna del alumbrado.

El impacto no fue tan dramático, pero desde la perspectiva de la chica que deseaba impresionar pareció un accidente más severo. Cuando recuperó el equilibrio, se llevó las manos al rostro y buscó el pañuelo dentro de su abrigo.

“- ¿¿Estás bien, te lastimaste??”, le preguntó una dulce voz. Cuando las lágrimas causadas por el dolor del golpe en su nariz se lo permitieron, pudo confirmar que era tan hermosa como la había percibido a lo lejos.

“- … Creo que no había mucho para dañar”, le contestó en el tono más varonil que le permitió su actual estado.

La muchacha no pudo aguantar la tentación, y se disparó en risotadas. Lincoln se congratuló de haber elaborado una primera línea tan exitosa.

“- Vení, acompañame Una taza de café te va a ayudar a recuperarte”.

Lincoln, manteniendo su rol de desgraciado confundido, titubeó algunos segundos y finalmente aceptó. Bingo.

Se ubicaron en la mesa que hasta entonces ella ocupaba en solitario. La joven pidió otro café, y tomó su pocillo para calentar el cuerpo. “- Qué suerte tuviste. Lo único que faltaba era romperse el tabique y terminar en la emergencia”, se pronunció.

“- Por hoy ya tuve suficiente. No te había visto antes, ¿trabajás en el barrio?”.

“- Aún no consigo empleo. Mientras, aprovecho a cursar dos carreras. Estoy cursando el profesorado de literatura de mañana en el Instituto, y en la tarde un nuevo curso de relaciones internacionales en la Universidad de la República”.

“- Qué energía”, le reconoció Lincoln mientras aceptaba el café que le acercaba el mozo. Sorbió el contenido, pero aún no estaba a la temperatura ideal. “- Estoy terminando mi licenciatura en historia, pero tuve que dejarlo por ahora para asistir a alguien muy querido.”

“- Lo siento mucho”, le respondió tomándole la mano.

“- Pienso tomarme un tiempo para decidir qué hacer. Creí que estaba convencido de lo que hacía, pero ahora no estoy tan seguro”.

“- Es una lástima. Justo cuando me estaba empezando a gustar la literatura”, se lamentó ella.

Lincoln se maravilló con la evolución del encuentro. Quería que su café le durara el resto de sus días. “- No sé tu nombre aún. Lincoln es el mío”.

“- Mucho gusto Lincoln. Ana María”.

***

Las siguientes semanas al encuentro desarrollaron la relación exponencialmente. Ambos dejaron de sentirse solitarios y miserables. Abandonar a la familia para venir a estudiar a la capital no era una decisión sencilla. La ansiedad e incertidumbre se hacían sentir sobre todo en el primer año. Muchos incluso desistían a los pocos meses, y volvían a su pueblo o ciudad originarias.

Fue una tarde de lluvia, recostados en la cama, que Lincoln le mostró el libro. Sentía que no podían tener secretos; y éste era por escándalo el

mayor que guardaba al momento.

“- ¿De qué trata?”, preguntó descreída Ana María.

“- Es lo que estuve intentando averiguar estos últimos años”, le contestó Lincoln.

“- Un amigo de la familia se lo regaló a la Profesora Vega. Si bien había escuchado de la expedición de Charles Darwin por América del Sur, y de sus visitas a Uruguay, nunca había leído sus publicaciones. Al principio el libro no le llamó la atención, y se olvidó de él por meses. Cuando al fin se decidió a leerlo, se dio cuenta de que era una edición limitada”.

“- Y qué es lo que tiene ese libro de misterioso?”, indagó Ana María mientras lo observaba sin distracciones.

“- Es que, de hecho, nunca llegó a averiguarlo. Eso la atormentó desde siempre.”

“- ¿Y qué hizo entonces?”

“- Se sintió desolada, no sabía a quién acudir. Era una joven profesora de historia, en un mundo de hombres con una historia difícil de creer. No tenía seguridad alguna de en quién podía confiar. Entonces, decidió que esperaría el momento correcto, cuando conociera a alguien indicado para ayudarla”.

“- Y ese afortunado eras tú?”

“- Quien viste y calza. ¿Fue una larga espera, no te parece?”

“- Ya lo creo, ¡más de treinta años!”, calculó Ana María. “- Y por qué tú?”

“- No lo sé con certeza; en las primeras clases chocábamos constantemente. Incluso nunca pensé que conseguiría aprobar su curso. Con el tiempo, creo que nos dimos cuenta de que no éramos tan diferentes. Un día me convocó para una reunión fuera de horario de clases, y me entregó el libro. Me pidió que lo leyera, pero no me dio ninguna indicación en concreto. Lo tomé como una especie de prueba, como si estuviera decidiendo si podía confiar en mí. Lo leí varias veces en un fin de semana. Luego de las primeras lecturas, pensé que iba a devolvérselo sin sacar nada en limpio. Cuando lo leí por última vez, pude entender lo que quería de mi”.

“- ¿Y a eso se dedicaron desde entonces?”. Ana María no conseguía hacerse la idea de empecinarse con algo de tal manera.

“- Cuatro ojos veían más que dos. Por supuesto, hay más recursos y más bibliografía ahora que cuando ella lo empezó a investigar. Pero, sea lo que sea que oculta, no hemos podido resolverlo”.

***

Sensaciones encontradas invadían a Lincoln ese día. El regodeo de cumplir el primer aniversario de novios con Ana María se enfrentaba a la incambiada circunstancia de la Profesora Vega. Los médicos había